

El curandero de mordeduras de culebras

Víctor Negrete Barrera



Martín Román Quiroz, curandero. Diario El Pílon

El hombre que nace con la inclinación de curar las mordeduras de culebras pinta desde chiquito por la manera estafalaria como vive la vida. Parece que no le importara el mundo. Su apariencia es la misma en todas partes: anda siempre con ropa sucia y vieja, abarcas y una mochila llena de plantas y botellas de ron y de “compuestos”. Casi nunca deja de fumar tabacos bastos. La dentadura amarillenta, la mirada recelosa y poco hablador de su oficio, cada vez más extraño y pernicioso.

Los curanderos afamados comienzan desde pequeños a estudiar y practicar bajo las orientaciones de verdaderos veteranos. Deben conocer en los detalles más insignificantes de la vida, las costumbres y la carga mortal de los venenos, en especial de culebras peligrosas como la mapaná, guamera, prieta, rabo biche, barba amarilla, blanca, comején y rayo.

También deben distinguir con precisión las plantas claves para preparar compuestos como guanabanito, guayo, zorro, valdivia, crucero y muchas más. Saber preparar la miel que suelta la hoja del maguey después de cocida y ser muy hábil para sacar y limpiar la hiel de las culebras grandes. Esta hiel con alcohol la debe tragar el mordido para poder empezar a sentir alguna mejoría por donde va pasando esa clase de candela que es el veneno.

Estos conocimientos los enriquecen cada vez más con la búsqueda, recolección y preparación de plantas conocidas o por conocer y la atención de los mordidos, puesto que cada víctima de las culebras es un caso particular que depende de las condiciones del animal y de la persona.

Lo que les cuento no siempre ha sido así. Antes, cuando el curandero sabía todo esto y aspiraba dominar los secretos más sorprendentes y extravagantes del oficio, tenía que pasar por pruebas difíciles, casi imposibles de superar. Lo primero era marchar a la Villa de Ayapel, la flor y nata de la brujería por estos contornos. Ya preparado cogía rumbo al Chocó y más tarde a la Sierra Nevada de Santa Marta. La permanencia en estos lugares eran etapas de adiestramiento para la prueba definitiva: ¡Tocar, sin mover ninguna, el nido de avispa que tenía el diablo por barba en las cuevas de Salamanca!

Ya sabía morir y resucitar, matar y “asegurar”, amarrar y soltar brujas, manejar a su antojo los animes, los niños en cruz y los mojanos, comer toda clase de culebras por venenosas que fueran... en fin, se creía capaz de salir airoso pero el solo hecho de encontrarse cara a cara con el maligno era ya motivo de preocupación y temor.

Muchos fracasaban y no volvían. Otros, más tercos y resueltos a todo, se quedaban por un tiempo en las cuevas hasta que lograban tocar el avispero sin que ninguna se moviera.

Pasada la prueba grande el curandero regresaba a su pueblo. Y ya no solo curaba mordeduras de culebras, atendía hombres y mujeres con llagas, ceguera, brotes en el cuerpo, empautos y todo lo que tiene que ver con brujería en general. Algunos llegaron a poseer varias casas en distintos lugares donde concentraban a los pacientes hasta su curación definitiva y con garantía.

Todavía hoy los curanderos saben bastante pero no tanto como los de antes. Y es una lástima carajo que hasta esta clase de gente se vaya para no volver jamás... jamás.

Montería, 1983